

Homenaje



Sobre el lenguaje

Dr. José Vicente Romeu

Sobre el lenguaje

A veces se nos ha dicho que el conocimiento es una forma de posesión o apropiación: “conocer es poseer mentalmente las cosas”. Términos tales como captar, aprehender, retener y otros similares hacen alguna referencia a lo mismo.

Se habla también de transferencia, transmisión o traspaso del conocimiento y de intercambio de ideas. En definitiva el conocimiento se entiende como algo que se adquiere, que se tiene, que se da o se vende.

Se me ocurre pensar que sucede como durante mucho tiempo que se creyó que el impulso nervioso no era sino la fuerza del estímulo transmitida a través de, o transportada por, el sistema nervioso. Todo esto no son sino analogías superficiales, maneras imprecisas, inadecuadas de decir las cosas de decir las cosas y que consiguientemente, no pueden sino generar nuevas confusiones. Igualmente, el parangón que se hace entre la nutrición y el proceso de ‘asimilación de las ideas’ puede ser hermoso pero no pasa de ser una fantasía idealista. Concepciones de este estilo se las encuentra presentes en interpretaciones acerca de la comunicación, el arte, la educación, el gobierno y otras formas de relación humana, de interacción verbal.

Es así como la insensatez ha llevado tantas veces al hombre a sentirse dueño y señor del mundo, poseedor de las ideas, y no hijo o hermano de la naturaleza con la que debe compartir la existencia y con la que ha de vivir. Lo cierto es que en la breve carrera que cubre la vida individual y hasta en el período más largo de muchas generaciones o de toda la historia, el hombre se llena de ilusiones y afanes, para concluir, engañado o, en el mejor de los casos, con la humilde sensación de que no poseyó nada y nada tiene- esa ingenua seguridad que advertimos en el ignorante es el mejor testimonio de su ceguera.

El conocimiento no es propiamente una posesión, quizás mejor diríamos que es un ser poseído, pero tampoco. El conocimiento es una forma de relacionarse con el mundo, una forma activa de relacionarse, el resultado de una forma de actuar, de interactuar. Cuando una persona es capaz de discriminar entre estímulos diferentes, decimos que los conoce, que conoce su diferencia. Y decimos que es capaz de discriminar y que discrimina entre dos estímulos porque responde a ellos sistemáticamente de modo diferente: con diferente intensidad y/o con diferente rapidez y/o hasta con respuesta cualitativamente distintas.

Y es en el análisis de las respuestas humanas, desde las más simples a las más complejas, desde las más concretas a las más abstractas (más o menos sujetas a variables de espacio y tiempo), donde hemos de detenernos con calma para tratar de esclarecer qué es eso del conocimiento. Consideramos que esto tiene una importancia radical para el esclarecimiento y comprensión de la conducta propiamente humana, la conducta superior, la conducta social.

Conocimiento y Lenguaje

En su obra **Sobre el conductismo** Skinner dedicó un capítulo a explicar el conocimiento. Entre otras cosas aclara en qué sentido se puede hablar de ‘posesión’ para hacer referencia al conocimiento. No se posee el conocimiento, se posee el sistema orgánico para responder, y ese sistema es afectado, es modificado por el conocimiento. El significado de conocer es vario.

La palabra conocer se usa en circunstancias diversas. Se la acepta (aceptación) en diferentes correlatos. Decimos que alguien sabe hacer algo, si puede hacerlo, si lo hace, si lo hace consistentemente. Decimos que conocemos acerca de las cosas, que sabemos de ellas, cuando podemos responder a ellas (respondemos) de múltiples maneras. Si no hay comportamiento no puedo saber que haya conocimiento. Llamamos conocimiento a un tipo de comportamiento del que decimos que es discriminativo, que está ajustado (sujeto, hecho a la medida) de los estímulos, de la circunstancias.

Este ajuste en su mayor proporción lo adquiere el individuo y depende de su historia de exposición a las contingencias del medio. Decimos de las personas que son inteligentes, sabias, conocedoras, instruidas pero lo que queremos decir de ellas es que esperamos que respondan en la forma adecuada, cuando sea conveniente. Y no hay otra sabiduría, otro conocimiento u otra instrucción. Y si hemos llegado a cuantificar esto, no ha sido sino para expresar con la mayor precisión, numéricamente, la probabilidad de que se produzca la respuesta adecuada. Pero las contingencias del medio en el que vive el ser humano son de dos tipos, contingencias humanas, y contingencias no humanas, contingencias físicas y contingencias sociales.

El comportamiento humano independientemente de que pueda ser calificado de inteligente o estúpido, ha de ser calificado según las contingencias en que se produce. Se habla así de comportamiento verbal y no verbal. El comportamiento verbal no es propiamente una nueva clase de comportamiento. Como ha dicho Skinner (1957) cualquier comportamiento es verbal si “es reforzado por la mediación de otras personas”. Existe pues no un comportamiento que es reforzado por contingencias físicas, no humanas, y otro comportamiento que es reforzado por contingencias humanas, sociales, sino que un mismo comportamiento puede darse a veces como comportamiento verbal- mediatizado por los humanos, y otras puede darse sin esa mediación –comportamiento no verbal.

Esto nos lleva a tener que presentar ahora otra acepción del término conocimiento; aquel que se ha adquirido sin un contacto directo con la realidad, el que se adquiere por contacto con las palabras. Decimos que alguien sabe “cómo se maneja un instrumento, porque ha leído las instrucciones” (Skinner, 1975) y pos supuesto que no es lo mismo conocer las reglas de ortografía que escribir ortográficamente. “El conocimiento que permite a una persona describir las contingencias es muy diferente del conocimiento identificado con el comportamiento moldeado de las contingencias” (Skinner 1975). Volveremos sobre esto más adelante, pero tratemos antes, de aclarar algo más lo que es el lenguaje.

El hombre tiene una forma peculiar de comportarse frente al medio que afecta: el lenguaje. Esta forma peculiar de comportamiento no es algo que pudiera ‘tener sentido’ y ser útil, ni muchas veces hubiera aparecido y sobre todo no se hubiera mantenido y desarrollado sino en la vida social. ¿Qué cosa es la vida social? Una forma de relación entre las personas consistente en su interacción reforzante. Y ¿qué cosa es el lenguaje? Cualquier comportamiento reforzado por la mediación humana. El lenguaje, pues, no es posible sin la relación social. Cabría preguntarse ¿toda relación social es lenguaje? Dejemos la respuesta para el lector.

Partamos ahora de un análisis más amplio del comportamiento humano con el medio y veamos si esto nos esclarece el asunto que nos importa. Consideramos la conducta como una actividad adaptativa del organismo que se produce a modelo de respuesta frente a los cambios del medio. El caso es que organismo responde, actúa, pero su actuación supone un cambio al que el medio también responde. Estamos hablando de una interacción, una interacción en que las respuestas se afectan mutuamente y secuencialmente. Y este ajuste de respuestas lo que hace que la naturaleza se exprese con mayor esplendor y riqueza. La forma en que nuestra actuación va a responder la piedra, el metal, la planta, el animal y sobre todo nuestros congéneres es muy importante en orden a que podamos explicarnos por qué y cómo cambian nuestras respuestas.

Al responder a las cosas lo hacemos de distinto modo según ellas sean. Nuestra respuesta es discriminativa. Sin embargo, esta respuesta (llamémosla así, pero es principalmente una operante) va a ser estímulo capaz de afectar a la naturaleza inerte, vegetal, animal o humana, y en cada caso ella nos va a responder de un modo.

“Su grito rompió el silencio de la noche; hizo que se estremeciera la naturaleza en torno; despertó las aves y alimañas, y desencadenó un murmullo de toda clase de respuestas. Su compañero abrió los ojos, saltó del suelo, montó el arma y acudió donde él, preguntando: ¿Qué pasa?”

Esa interacción con el mundo es una acción eficaz, es una interacción y conlleva un cambio, una adaptación. Se la llamará diálogo o dialéctica, pero entiéndase que no son ideas, logos lo que está en juego, sino acciones, conductas.

Lo que se produce por esa interacción a todos los niveles, aunque propiamente sólo entre los hombres, es una comunicación. Esto es, algo se hace común. Comunicación en su sentido más restringido es lenguaje. Nuestra conducta, sea en principio respondiente (refleja) u operante (espontánea), llega a ser conocimiento y en algunos casos lenguaje, dependiendo de sus consecuencias, de que se nos responda o no y de cómo se nos responda.

Se ha podido decir, en sentido lato, que las piedras, los animales y las plantas nos hablan.

“Para ti, poeta, que sabes cómo la piedra canta”. (V. Aleixandre).

Lo hacen con sus sonidos, sus colores, sus rugidos, sus saltos, su aproximación, su alejamiento.

Propiamente no hay lenguaje -por definición- sino en la interacción humana. Decimos conversar con la naturaleza cuando la humanizamos, cuando la vemos a través de los ojos de la cultura. El único que sabe que la piedra canta es el poeta.

Y dijo el oro:

“La paloma era blanca pero no lo sabía”.

La tradición mentalista es tan fuerte, que a esta altura de nuestra exposición se hace necesario salir al paso de falsas interpretaciones. Si no aclaramos algunos supuestos, vamos a hacer demasiado difícil nuestra presentación. Como dijo Skinner hace bastante tiempo en **Ciencia y Conducta Humana**, todas las ciencias han buscado en un momento u otro causas de acción dentro de su propia materia y aunque en principio no haya nada de malo en ello, las causas internas por ser difíciles de observar se prestan a que se les atribuya propiedades injustificadas, y, por otro lado, la postulación de causas internas generalmente lleva a desatender y a oscurecer variables que sí están al alcance de cualquiera, que están fuera del organismo, en su medio inmediato o en su historia, y que nos permiten un análisis científico. Las relaciones de la conducta humana con su medio son a menudo sutiles y complejas, pero esto nos obliga mucho más a pretender dar explicaciones sin que se preceda un análisis adecuado de esas relaciones.

¿Podríamos hablar del conocimiento como algo diferente de una forma de conducta? Durante mucho tiempo no se entendió la visión como efecto del estímulo de la luz. Se creía más bien que una fuerza o potencia partía de los ojos y llegaba hasta los objetos para en cierto modo apropiarse de ellos. Más tarde refleja a la estimulación. Teoría de la copia o reproducción fotográfica. El esquema S-R en su versión más mecanicista se aplicó también a la percepción visual. En la versión más moderna, en el conductismo, el estímulo visual no es más que la ocasión de una conducta pertinente. Aprendemos a realizar ciertas conductas cuando se presentan

determinados estímulos. Y sin pretender negar para nada el carácter respondiente de algunos componentes de la conducta, queremos señalar que hasta ahí no hay más que puro reflejo innato o condicional.

El carácter perceptivo, cognitivo, de la respuesta le viene dado no por el estímulo, que es mera ocasión, sino por las contingencias reforzantes que siguen a nuestra conducta. Esto no es fácil de entender. Sólo en los tiempos más recientes ha llegado a formularse y por supuesto no todos lo aceptan. Pero para nuestro caso, si esto no se acepta, quedaría sin sentido cuanto sigue.

Volvamos a preguntarnos. ¿Qué es el lenguaje? ¿Una forma de estímulo al que sólo los humanos responden? Podríamos decirlo así, pero seríamos imprecisos y estaríamos propiciando la confusión. El lenguaje no es un tipo de comportamiento. Es cualquier comportamiento. Cualquier comportamiento -no importa su origen o forma-, que se mantiene por efecto de la mediación de los otros hombres. “Los repertorios verbales tradicionales topográficos -hablar, escribir y gesticular- son reforzados por personas cuyo comportamiento mediador ha sido condicionado precisamente con objeto de reforzar el comportamiento del comunicante” (Mac Corquodale, 1977).

Para un análisis más minucioso vale la pena distinguir, en relación al origen del lenguaje, entre un estímulo ocasional y un estímulo condicional. Aunque su poder y valor parezcan similares, su historial es diferente. El estímulo condicional no es sino un sustituto del estímulo incondicional y su fuerza depende por entero de su vinculación a él. El estímulo ocasional, en cambio, no tiene otra fuerza que la de las consecuencias que siguen a una conducta. La respuesta condicional depende por entero de la condición. La conducta operante sólo en forma contingente (probable) se puede decir que depende del estímulo ocasional. Por tanto, no es propiamente analizando el origen como podemos descubrir cuál es la conducta verbal. No es su origen por sí mismo el que la califica. ¿Será la conducta misma? Tampoco. Una misma conducta, el grito, la huida, la sonrisa, etc., cualquier conducta puede en un momento ser calificada de lenguaje y en otro no.

El asunto es si la conducta es simplemente respondiente, refleja, u operante; espontánea, libre. ¿En qué radica la diferencia? ¿Qué es, pues lo distintivo? El que la conducta posea una historia de reforzamiento contingente humano. Lo que hoy sucede es que casi cualquier conducta humana tiene una historia de reforzamiento humano. Es muy poco lo que pueda decirse que queda en el hombre, y aún desde antes de nacer, que no queda en algún sentido bajo ese tipo de control. No neguemos que haya algo. No neguemos que haya alguna parte de nuestro organismo simplemente relegada al control de los estímulos físicos.

Sin embargo, la mayor parte de la conducta del hombre, la que tradicionalmente se ha llamado humana y más, está sujeta a los otros seres humanos, al comportamiento de los otros a su acción, desde la más escandalosa y burda de los estímulos aversivos,

hasta la más sutil de las alabanzas; desde la que se nos ejerce abiertamente desde las cercanías, hasta la que nos llega callada, sigilosamente, revestida de cultura. Cualquier comportamiento puede ser lenguaje. Existen respuestas complejas de carácter reflejo, tales como el miedo o las cosquillas, que pueden ser provocadas por estímulos condicionales, secundarios. Tales estímulos pueden ser cualitativamente distintos o pueden formar parte del cortejo de señales que acompañan el estímulo propio. Veamos un ejemplo. De todos es conocida la respuesta alegre que provoca en el niño el hecho de que hurguemos con los dedos en su barriga. Se dice que ríe cuando le hacemos cosquillas. También ríe, sin embargo, cuando sin llegar a tocarlo le hacemos señales de intentarlo. ¿En ésta una respuesta condicional, refleja? El hecho de que generalmente ve las señales antes de que le afecte el estímulo podría llevarlo a condicionar la respuesta. Y muchos lo entenderán así. Pero, ¿por qué no siente lo mismo cuando está a solas? Muchas respuestas que se consideran reflejas, condicionadas, no lo son; son respuestas humanas, operacionales, sujetas a la historia de las relaciones humanas; son, en último término, lenguaje. No pueden ser modificadas sino en la relación humana.

Poco queda en el hombre que realmente no esté sujeto al hombre. Poco queda en el hombre que no pueda ser controlado por el hombre. Y controlando a los demás, poco falta al hombre para controlarse así mismo. El mundo del hombre es un mundo de controles, de lenguaje. El hombre ha venido haciendo lenguaje, la palabra. La carne se hizo palabra.

Y me dice alguien, me digo yo mismo: ¿No podrías explicar algo de esto en forma más sencilla, para que al menos entendamos algo? Y le digo, simplificando ejemplos utilizados por otros autores:

Cuando alguien oye un estímulo como “ven a comer”, este estímulo para él es una ocasión en la cual ir a la mesa y sentarse es una conducta generalmente reforzada con la comida. ¿Qué pasa si la comida no refuerza porque el sujeto no tiene hambre o porque ir a la mesa y sentarse supone dejar algo más reforzante? Las mamás saben mucho de eso, aunque no siempre reflexionan convenientemente sobre ello.

Timbres, silbidos y señales de tránsito son otras tantas ocasiones en las que ciertas acciones son generalmente seguidas por ciertas consecuencias. Y son no los timbres, silbidos y las señales los estímulos propiamente causantes de la conducta. La conducta está asociada a ellos, sigue a ellos; pero su vinculación, la frecuencia y probabilidad con que aparece y les sigue, depende no de ellos, sino de los refuerzos que le siguieron.

Cuando el reforzador es la conducta de otros seres humanos tenemos el lenguaje. Skinner presentó algunos ejemplos en **Ciencia y Conducta** y tenemos noticia que adujo muchos más y matizó sobre ellos en **Verbal Behavior**. Lamentablemente esta última obra no es asequible. El conocimiento que tenemos de ella es bastante indirecto. (Bayés, 1977). Pero, a riesgo de repetir, aunque con la

intención de esclarecer, citemos algunos ejemplos más “Aprendemos a nombrar los objetos adquiriendo un enorme repertorio de respuestas cada una de las cuales es apropiada para una ocasión determinada. Una silla es ocasión de que la respuesta ‘silla’ probablemente reforzada. Un gato es ocasión de que la respuesta ‘gato’ será reforzada”. En otro medio las respuestas que probablemente serían reforzadas serían ‘caira’ o ‘gat’ en Valencia y ‘chair’ y ‘cat’ para los gringos respectivamente. Cuando leemos en voz alta respondemos a una serie de estímulos visuales con una serie de respuestas vocales correspondientes. Los estímulos visuales son ocasión de que las respuestas vocales sean reforzadas. “Muchas respuestas verbales se encuentran bajo control de estímulos de discriminación verbal. 9 x 9 es la ocasión de 81, respuesta que será probablemente reforzada por el profesor o por el resultado satisfactorio del cálculo. Los hechos históricos y otros están sujetos al mismo esquema.

Pero estamos llegando a un punto en el que no quisiéramos profundizar por el momento. Sólo una nota. Acontece a veces que se da alguna conexión accidental entre la respuesta y la aparición del refuerzo. Este tipo de conducta se llama en psicología conducta supersticiosa. En el aprendizaje conceptual esto es lo que llamaríamos errores, confusiones. En relación maestro alumno, cuando el propio maestro está lleno de confusión no es posible esperar que progrese el aprendizaje del alumno.

Poder y significado de la palabra

La palabra ha sido entendida no sólo como instrumento de comunicación del conocimiento, como vehículo de significación, sino que a la palabra se le han atribuido poderes persuasivos, surgentes y hasta mágicos. Magos, taumaturgos, predicadores, terapeutas, gobernantes, oradores, educadores, charlatanes y prestidigitadores, todos en una forma u otra hacemos uso de la palabra para algo más que comunicar conocimiento.

A la palabra hablada, escrita o mimetizada se le atribuye una fuerza intencional, un poder que emana del sujeto emisor y se dice entonces de alguien que sus palabras son convincentes, pacificadoras, conmovedoras. Pero el sujeto del lenguaje no siempre está cercano al mismo; la palabra puede quedar escrita y hasta la voz impresa en una cinta y llega un momento en que a la palabra se le atribuye una fuerza y un poder intrínseco. Si la fe mueve montañas, las palabras también las mueven.

Gerald (1968) cuenta en su manual de Psicología un caso de condicionamiento que puede aclararnos bastante. Se habla allá de cómo ha sido posible controlar la respuesta de la pupila a voluntad mediante un condicionamiento encadenado. Primero se logró tal contracción en respuesta al sonido de un timbre, y esto constituyó un logro notable por cuanto que la respuesta natural hubiera sido una ligera dilatación.

Para ello bastaron entre cien y doscientos apareamientos de timbre-luz y la respuesta condicionada quedó ligada al timbre. Después se pidió al sujeto que apretara un dinamómetro de mano cuando el experimentador pronunciara la palabra ‘contraiga’. Un interruptor instalado en el dinamómetro conectada tanto el timbre como la luz. Así el timbre, luz, orden verbal y contracción de la mano se hacía todos simultáneamente presentes. La contracción de la pupila llegó a producirse cuando se escuchaba la orden verbal. Con doscientos ensayos o más se logró que la pupila se contrajera cuando el propio sujeto se daba a sí mismo la orden de ‘contraiga’. En ensayos subsiguientes se le susurraba la palabra y luego se le sugería que pensara en ella. El resultado final consistió en que le bastaba a la persona pensar la palabra ‘contraiga’ para que las pupilas se contrajesen. Igualmente se logró producir la dilatación a la orden de ‘descanse’.

Sin embargo, no hay nada de mágico en las palabras como tales. El poder de las palabras depende de su vinculación a una estructura contingente. En otros experimentos se ha logrado que las pupilas se dilaten a la voz de ‘contraiga’ y que se contraigan en respuesta a la voz de ‘descanse’. Y lo mismo se logró a las voces de ‘torpo’ y ‘somet’ que pueden considerarse como carentes de todo significado. ¿Qué es, pues, eso del significado? Muchas de las respuestas existentes parecen ingenuas a la luz de los datos que nos muestra la ciencia contemporánea.

Podemos aceptar que la palabra se siga considerando como un vehículo de contenido o significado, pero con alguna aclaración: que la palabra no es el ánfora en la que se vierte el pensamiento y que, por lo tanto, le da forma, sino que el contenido le da forma al continente. Su significado depende de las conductas para las cuales ella es ocasión. Esa distinción entre contenido y continente es simplemente metafórica. El significado no está no en el contenido ni en el continente, sino en sus relaciones externas, en la estructura que la envuelve, en la circunstancia. No en una estructura fija, rígida que hubiera que definir como teniendo valor por sí y esto no haría sino retrotraer el problema. Hablamos de una estructura fluida, dinámica, condicional, contingente.

El valor significativo de la palabra hay que encontrarlo en la descripción topográfica de las conductas para las que las palabras es ocasión. Se comprenderá bien cómo el problema de la traducción de un idioma a otro y más aún el de la traducción de un lenguaje a otro, no es simplemente el de la sustitución de sus elementos, uno a uno, cada cual por otro equivalente, pues no existe esa supuesta equivalencia en la palabra misma. La palabra no es sino ocasión de una conducta operante y el valor de la palabra depende de la conducta que en cada medio haya sido reforzada. Pero además la palabra no se da aislada, sino en un entorno, y es toda una estructura la que pasa a ser ocasión de la operante.

Pero, retomemos el hilo del poder de la palabra. El caso presentado por Gerald puede ser quizás mejor explicado dentro del esquema del condicionamiento clásico

que del operante. Así lo ha presentado él, pero no necesariamente tiene que ser interpretado así. La palabra en el proceso de condicionamiento clásico tendría carácter estímulo condicional, su fuerza provendría del estímulo no condicionado, la conducta a que da lugar no se generaría o mantendría por la mediación humana. Desde el punto de vista de la definición skinneriana, esta palabra no sería lenguaje. Sin embargo, estos son más bien abstracciones propias para la interpretación de los experimentos de laboratorio. Hasta las respuestas emocionales más primitivas provocadas por la conducta de otros seres humanos, se ven fácilmente afectadas por las contingencias de refuerzo. Piénsese en las respuestas del infante a las voces del adulto.

En la primera semana, por ejemplo, cualquier voz puede generar una respuesta automática; más tarde las respuestas aparecen discriminadas según las voces, porque han sido reforzadas por mediación humana y que por eso se repiten con mayor probabilidad. Las voces dejaron de ser simples estímulos sonoros para convertirse en lenguaje.

Pero en el análisis de Geldard se llega muy lejos. Se trata del poder del control que tiene la palabra. Cómo es posible someter a voluntad las conductas reflejas, involuntarias. El propio Geldard nos habla de cuán difícil es reproducir con éxito experimentos como el del condicionamiento pupilar por la cantidad de sutiles y complejos problemas a los que hay que dar solución.

En el caso del reflejo pupilar se presenta la posibilidad de interferencias indeterminadas e imprecisas que hacen casi imposible las réplicas exactas. Sin embargo, respuestas tan automáticas como el latido del corazón han servido para llevar a cabo exitosamente variados experimentos que demuestran cómo es posible el control verbal, el control voluntario, en conductas que por mucho tiempo se creyó que este control no era posible sino por condicionamiento clásico. En los últimos tiempos se han venido acumulando experiencias que demuestran que estos controles se pueden establecer mediante condicionamiento operante. (McGuigan 1974...).

Nos parece que sería prudente suspender nuestro juicio acerca de si toda conducta voluntaria puede considerarse como producto de condicionamiento y si toda conducta involuntaria puede llegar a ser voluntariamente controlada. Cuestión por lo demás de connotaciones marcadamente filosóficas, metafísicas. En cualquier caso, es objeto de la ciencia explicar el surgimiento de la conducta humana en todas sus formas, desde las más simples a las más complejas, desde las consideradas más rudas a las más elevadas. Y queremos explicárnosla tal y como nos las encontramos en la vida real, concreta, con todas las interferencias del mundo físico y el mundo social, en un mundo en el que ninguna de las variables es artificialmente controlada.

A nosotros nos parece muy verosímil el que no requiramos sino de los principios que gobiernan el condicionamiento (clásico u operante) para explicar cualquier conducta humana por muy compleja o superior que sea. Sin embargo, esto nadie lo ha demostrado; quizás no sea demostrable. Hay además quienes lo niegan rotundamente. Nosotros, como científicos, no tenemos interés en ir más allá de lo que ha sido verificado.

Además, la moral del lector tradicional puede sentirse estremecida al oír explicaciones como las precedentes o las que sigan. No es esta nuestra intención. En primer lugar, aconsejamos al lector a que no dé a nuestras afirmaciones ningún carácter o valor absoluto. Son meras hipótesis explicativas; quizás algunas ni verificadas ni verificables, otras verificables pero no verificadas. Por otro lado, téngase en cuenta que cualquier valor auténtico identificado en las concepciones tradicionales, necesariamente habrá de tener cabida y sobrevivir en las nuevas interpretaciones. Por eso, permítasenos avanzar en la presentación de algunos hechos.

Yo oí varias veces a mis viejos en el portal de la casa en que nací trabajaba un zapatero de remiendo, el cual tenía un perro que no osaba comer sino cuando se le brindaba con la mano derecha. El zapatero era conservador, gremialista y servidor de una escasa clientela de señores que eran los únicos que usaban zapatos, botas y polainas. En la historia de aquel can se había repetido sistemáticamente una contingencia aversiva. Mientras el zapatero comía e iba rebanando el pan con su cuchillo, ocasionalmente tomaba un pedazo, lo pinchaba con la punta de la navaja y tomando ésta con la mano izquierda, le ofrecía de comer al perro. Y cuantas veces el perro intentaba morder, otras tantas el zapatero lo engañaba y volteando la navaja, le daba con las cachas en el mismo hocico. Al mismo tiempo le gritaba y le insultaba, para, posteriormente, ofrecerle el pan con la mano derecha y acabar acariciándole.

Los señores llegaban a la casa y el zapatero pregunta:

-“Este perro es de derecha. Pruebe, pruebe Ud. a darle de comer con la mano izquierda y verá”.

Y lo hacían y el perro ladraba y se ponía furioso.

-“Y ahora, dele con la mano derecha”.

Y el perro se calmaba y comía.

Así, el zapatero era reforzado por los comentarios favorables de los señores y el perro por la comida. Y llegó un momento en que a la voz de ‘izquierda’ ya el perro estiraba las orejas y se ponía tenso y a la de ‘derecha’ respondía moviendo la cola.

En esa época y en aquel ambiente se hablaba de liberales, socialistas y anarquistas como de un totum revolutum. Y los señores y los señoríos parece que iban a correr peligro. ¿Y para quién iba a trabajar después el zapatero? Para él, hablar de

liberalismo, de socialismo, de anarquismo era algo parecido a lo que para el perro oír la palabra 'izquierda'. Y fue así como el perro aprendió a comportarse para comer, y el zapatero a creer y opinar.

Esto es debido a una historia de refuerzos, a un acontecer contingente, programado o no artificialmente por el hombre. La naturaleza no es caótica, aunque nuestro contacto con ella, aunque nuestra exposición a sus influencias pueda ser azarosa. La cultura, en cambio, lo es mucho más, como la conducta del individuo. Por eso es tan variada y múltiple, tan incomprensible, tan impredecible, tan inexplicable, y por eso decimos tan libre la conducta de un individuo.

En mi época de latines recuerdo haber traducido una fábula clásica en la que se contaba cómo Zeús había pintado un niño que llevaba en la mano un racimo de uvas. Y cuál no sería la belleza y perfección de aquella obra artística, que hasta las aves acudían a picotear la fruta. Por lo cual dijo el crítico: es evidente que fueron mejor pintadas las uvas que el niño, pues en caso contrario las aves tendrían miedo.

Lenguaje y comunicación

Si no hay comunicación, definitivamente no hay posibilidad de lenguaje. Podemos hablar de comportamiento que generalmente sirven para la comunicación y que ocasionalmente no son reforzados por la mediación humana; pero no es simple metáfora aquello de que 'hasta el silencio se escucha' y cómo 'en la distancia oímos la llamada de los nuestros'. Ser humano, vivir entre los humanos, equivale a comunicarse. Si hablo, como si callo, igualmente recibo respuesta. El hombre jamás vive solo.

De los diferentes tipos de conducta utilizados por el hombre para la comunicación, ninguno tan universal y, dentro de su universalidad, tan rico en formas y variedad como el hablado. Su poder es tan grande que en la mayoría de las culturas se escribe lo que se habla hasta hay un lenguaje gesticular artificialmente creado para traducir el habla (*). Cuando esto es así, fácilmente la actividad de leer se ve interferida por una conversión en fonemas de los signos mímicos o escritos. Esto no es así en todas las culturas; no es necesario que así sea ni siquiera en la nuestra, y tiene sus ventajas y desventajas. Por un lado, el lenguaje hablado se presta a mayor imprecisión, y, de hecho, en términos generales, se puede decir que es más impreciso, porque en el fluir del habla no es fácil que se refuercen discriminativamente las expresiones más certeras. Creemos habernos hecho entender cuando logramos la respuesta apetecida, pero no fácilmente logramos saber a cuál de nuestras voces y las respuestas de los demás. Un buen testimonio de esto lo tendríamos, salvo raras, excepciones, si tradujéramos a signos gráficos las palabras habladas.

El lenguaje escrito se presta a mayor precisión. Las palabras en este caso permanecen y nos permiten una o más revisiones para comprobar si provocan en nosotros respuestas que esperamos provoquen en los demás. Sin embargo, este

lenguaje escrito exige su permanencia, para que el lector pueda volver sobre él cuantas veces quiera y lograr la comprensión. En general, podemos decir que entender un escrito cuesta más que entender una expresión hablada. Eso depende, claro, del grado de precisión.

(*) Reproducción de letras con signos digitales.

Una buena evidencia de esto la podríamos obtener si evaluamos el grado de comprensión de un auditorio cuando se le lee un texto. En cualquier caso, el hecho de que nuestra cultura se pueda escribir como se habla, y viceversa, el hecho de que se haya producido la escritura simplemente para representar fonemas y no palabras, tiene la gran ventaja de que el aprendizaje de la lectura es mucho más sencillo que en las escrituras ideográficas. Pero, por otro lado, el hecho de que el lenguaje escrito, como más artificioso, se aprenda con posterioridad al hablado y que sea a través de la lectura en voz alta y de la misma escritura como se podrá lograr una mayor precisión en el lenguaje hablado; todo esto, más la práctica rutinaria de una didáctica escolar poco reflexiva, ha traído como consecuencia que la lectura suponga para la mayoría de las personas una actividad mucha más lenta de lo que sería necesario, dada la gran velocidad con que pueden ser estimulados los órganos receptores de luz.

Esta lentitud en la actividad de leer da lugar a mayores interferencias sensoriales, y es, por tanto, ocasión de gran número de errores. He aquí cómo un lenguaje, que es en principio más susceptible de precisión, se convierte en un instrumento inadecuado para la comunicación, a no ser que exista con anterioridad un apropiado entrenamiento en la lectura rápida, silenciosa.

En todo caso, el hombre se ha esforzado a lo largo de su historia en ir creando y definiendo reglas con las que dirigir su comportamiento. Las normas del lenguaje constituyen lo que llamamos gramática. Se podría decir que expresarse con precisión es lo mismo que expresarse con corrección gramatical. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el lenguaje y su precisión preceden a la aparición de la gramática, y que la precisión en el lenguaje puede lograrse fuera de las normas establecidas. De lo que se trata es de lograr la comunicación y cuando ésta se logra, la forma en que se logra es reforzada. Cuando esto se repite se transfiere como modelo normativo. En cualquier caso, es a través del lenguaje también como se establecen las reglas. Es por medio del lenguaje como se norma el lenguaje, sea éste el que fuere, oral, escrito, mímico u otro. Es por medio de palabras como definimos las palabras.

Existe un lenguaje al que realmente el acceso de las personas es más limitado que al del habla, -el lenguaje matemático-, y que es por sí mismo, escrito aunque también puede ser hablado, y que se considera que es susceptible de la mayor precisión: es susceptible de tanta precisión como precisión y justeza sea posible en la discriminación de los estímulos, de las situaciones.

Su ventaja radica en su gran capacidad de autodefinición; con unos pocos supuestos y teoremas se puede levantar un tremendo edificio lógico y se puede comunicar a los demás infinidad de cosas para las que no sirven otros lenguajes. Sucede, sin embargo, que ese lenguaje requiere de una base en el lenguaje general previo. La matemática hay que entenderla como un superlenguaje. A veces se habla de lenguajes matemáticos, pero realmente sería mejor en tales casos hablar de idiomas matemáticos.

El lenguaje generado mantenido a lo largo de la historia en concordancia con la realidad fenoménica que se le presenta como circunstancia ocasional, ha venido ajustándose más y más a la realidad de la naturaleza. Y se puede decir que el lenguaje el que describe cada vez con mayor precisión esa realidad fenoménica; pero, en definitiva, las operantes verbales se van a mantener en la medida en que son reforzadas y van a serlo en tanto que el mediador humano haya sido condicionado para ello. Digamos que el lenguaje evoluciona y cambia como cambia y evoluciona nuestra relación con la naturaleza. Estos cambios obedecen a múltiples factores que afectan al individuo, desde su propio desarrollo orgánico y condicionantes físicos a los cambios culturales, es decir, a los cambios en las formas de comportamiento de los demás que son los que van a reforzar su comportamiento verbal. Por eso el lenguaje es propio en cada cultura, como es propio en alguna medida en cada grupo, y hasta puede serlo en la relación de dos personas.

La historia de la cultura nos muestra con cuánto esfuerzo el hombre ha tratado de desarrollar este sistema de respuestas que es su lenguaje, de modo que pudiera cada vez ser capaz de mayor precisión, y esto en la medida en que también las diferencias observadas hacían necesario evitar la confusión en la comunicación. Imprecisión en el lenguaje es lo mismo que imprecisión (falta de discriminación) en la experiencia. Por eso el progreso de las leyes y reglas del lenguaje siguió siempre el camino de las exigencias impuestas por la comunicación de algo que era necesario o conveniente según las circunstancias en las que el hombre había de vivir, y para los demás seres humanos. Por eso el lenguaje está tan ligado a la historia de la humanidad, y por eso el lenguaje se hace no torpe, sino inútil, cuando la forma en que el mundo se nos presenta -y el mundo cambia- es nueva y lo que tenemos que comunicar es nuevo.

Se ha dicho que los lenguajes (los idiomas) tienen una filosofía que les subyace. Esto es cierto, pero no porque las etimologías o los diccionarios la contengan, sino porque la poseen los pueblos, los grupos que crean el lenguaje. Por eso a veces es imposible traducir -traductores-traditore- y por eso mismo a veces parecen estar sobrantes algunos idiomas, porque fueron creados para decir cosas que ya no necesitamos decir, y, otras, se nos hace necesario recurrir a otro idioma o crear uno nuevo porque necesitamos decir algo para lo que no sirve nuestro idioma.

Existen lenguajes místicos, religiosos, que permiten la comunicación de realidades (creencias, maneras de entender) entre personas, grupos subculturales. Cualquiera de estos lenguajes es incomprensible para los no iniciados. Esoterismo.

El lenguaje filosófico supuso una desmitificación, una nueva manera de entender y, en cierto modo, un avance. Sin embargo, para el científico, tanto el lenguaje filosófico como el místico o religioso, resultan carentes de sentido. El científico post-baconiano mantiene contacto con una realidad y utiliza un lenguaje que no puede ser el mismo que el utilizado para la religión o la filosofía. A su vez, el lenguaje científico es incomprensible para los que no lo son.

El acceso a contactos cada vez más profundos con la naturaleza, la mayor compenetración con ella por medio de nuevas técnicas e instrumentos de observación, ha hecho que el hombre haya tenido que inventar nuevos términos o usar los ya viejos para los nuevos referentes, pero el peligro de la Babel está presente. Algunas de estas nuevas realidades se pueden decir inefables (no se pueden decir por medio de los términos de uso tradicional) y los nuevos términos no los puede entender sino quien ha tenido la experiencia para cuya expresión se crean. Los nuevos términos parecen no decir nada. Realmente para mucha gente no dicen nada, para otros no dicen lo que pretenden. La comunicación se hace bien difícil. La realidad que se quiere comunicar no es directamente accesible; no es fácilmente que se la pueda vincular a ninguna palabra.

La única manera de poder decir algo sobre esa realidad es describir qué hay que hacer para tener esa experiencia. Estamos así en un caso de lo que se ha llamado definición operacional. Este es un caso de los que se ha llamado definición operacional. Este es un recurso muy útil al que no sólo han recurrido los científicos modernos, sino que ya el hombre venía utilizándolo desde mucho antes y hasta un atisbo de ello lo encontramos en el lenguaje de los niños cuando, por ejemplo, dicen: "Pereza es cuando te despiertan por la mañana y tú no quieres levantarte". Sin embargo, no es nuestra intención tampoco profundizar ahora sobre este asunto.

Lenguaje y educación

A lo largo de toda esta presentación, en diferentes ocasiones hemos rozado el tema de la educación. La educación también es una relación entre personas. Hace algunos años Maritain, un filósofo contemporáneo, aunque arcaizante en su producción, volvió a plantearse el asunto de la problematización de la educación. O simplemente se gobierna, en cuyo caso se domina, se avasalla y violenta la libertad del hombre, o simplemente se dialoga, se conversa, en cuyo caso el papel del educador queda reducido al de un elemento ocasional y no causal. Por supuesto que este planteamiento es perfectamente correcto en las concepciones filosóficas tradicionales. Regresar a los parangones clásicos del maestro que nutre y alimenta al alumno, del sembrador que trabaja la tierra, la abona y la fecunda, etc., no conduce a nada.

En la filosofía idealista existen innumerables tratados dedicados a este asunto. Ninguno de los grandes pensadores ha dejado de advertir que en esto había problema. Es un pseudoproblema. La libertad no se afecta y, sin embargo, la acción educativa es eficiente.

En este mismo trabajo hemos hecho referencia varias veces al concepto de comunicación. Comunicar es simplemente mantener contacto y el contacto con algo cambia, modifica, altera las cosas con que se contacta. Realmente si no hay cambio no podemos saber que haya habido contacto; no podemos decir que haya habido comunicación. Sin embargo, el que realmente se logre o no la comunicación no define la función del comunicador.

El comunicador intenta comunicar, pone las condiciones que hacen posible, que facilitan la comunicación. Hablar, decir, no es lo mismo que lograr que se le atienda a uno; no es lo mismo que lograr que se le entienda. En Psicología Experimental se ha distinguido entre lo que se llama estimulación y lo que se llama excitación. Lo importante no son las palabras que se usan, sino lo que se quiere discriminar. No podemos saber que haya estimulación, y por tanto no llamaremos estímulo a ningún cambio de conducta en relación con el cambio energético que afecta al organismo, pero que no produce algún tipo de respuesta, no se llama estímulo. Se habla entonces de que ha habido excitación. Se me ocurre que con la comunicación como con la educación entendidas ambas como actividad, cabe hacer esa misma distinción. Podríamos reservar algunos términos para identificar funciones componentes de una actividad tan compleja como la educación y distinguir entre enseñante, docente, educador, etc. Sin embargo, esto sería muy arbitrario, como nos parece arbitraria la distinción entre educación intelectual, moral, física, etc., que ha llevado posteriormente a tener que reclamar una educación integral. Y muchas veces hemos dicho si una educación no es integral, no es educación. De cualquier forma, parece que el término 'docente' se utiliza más para describir simplemente la función del que provoca o pone los estímulos ocasionales de la conducta deseada, mientras que propiamente el término 'educador' haría mayor referencia a una actividad no tan ocasional sino más efectiva, o sea, a lo que nosotros llamamos actividad reforzadora.

De cualquier forma esto no es así exactamente y tanto cuando hablamos de enseñante, como de docente, de educador -e incluso de comunicador-, estamos pensando que se logra si no total al menos parcialmente el objetivo del cambio. El educador pretende que esos cambios sean permanentes y en alguna medida también lo pretende el comunicador. Diríamos, sin embargo, que la actividad del comunicador es más similar a la del docente. Contactar, decir, conversar, contestar, etc., es dar oportunidad a que aparezcan las conductas que habrán de ser reforzadas.

Adviértase que ya a este nivel, aunque en principio la interacción humana no tiene que estar limitada a una topografía conductual, lo cierto es que primordialmente se produce por el habla y en menor medida por la escritura. Los recursos audiovisuales de que se dispone hoy no son sino una sofisticación técnica de los recursos primitivos.

En esencia, en educación se trata de dos cosas, dos actividades íntimamente relacionadas: generar los estímulos ocasionales más adecuados para la aparición de las conductas deseadas y administrar reforzadores consiguientes a las conductas deseadas. Decimos que estas actividades están íntimamente relacionadas porque la oportunidad o no de los estímulos ocasionales depende de una historia de refuerzo previo. Esta función, estas actividades que tan simplemente se definen, no tienen nada de sencillez en sí mismas. Una buena manera de medir su dificultad sería evaluar el logro. A comunicadores, docentes, educadores y otras tantas personas que pretenden trabajar con personas, producir cambios en las personas, no existe otra forma mejor de evaluarles que midiendo el nivel o cantidad de sus logros. Al periodista, midiendo la cantidad de sus lectores y su nivel de comprensión; al maestro y al docente, midiendo el aprendizaje de sus alumnos; al gobernante, al que manda, en la medida que logra que le obedezcan, que le sigan.

No pretendemos en esta oportunidad desarrollar este asunto y lo cierto es que merecería la pena. Sobre lenguaje existen 'ideas' muy peregrinas y sobre educación tantas o más. Por poner fin a esta presentación con algún considerando más concreto, vamos a referirnos a ciertos tópicos que se encuentran en la calle que llaman a menudo nuestra atención.

Oímos con frecuencia a los estudiantes, pero también a profesores y a otras gentes de supuesta responsabilidad, que hacen contraste entre educación teórica y práctica, y que hasta manifiestan su disgusto no por la falta de práctica sino por la sobra e inutilidad de la teoría. Esta distinción así como se plantea no tiene sentido en el lenguaje de la psicología conductual. En el lenguaje de la filosofía tradicional seguramente el planteamiento es impreciso, pero en el lenguaje del hombre de la calle y, -ese es el hombre que puebla hasta las universidades-, sí nos parece que tiene sentido. Skinner distingue entre el aprendizaje de reglas y el aprendizaje de hechos.

Aquel se logra sin un contacto directo con la realidad física; es un aprendizaje que se obtiene en base a estímulos verbales; es un aprendizaje verbal. En el aprendizaje de hechos, el sujeto aprende en contacto directo con la realidad física; él está expuesto a las contingencias reforzantes de los resultados. En el aprendizaje de reglas, en el aprendizaje verbal, puede ser engañado, puede ser inadecuadamente reforzado y hasta aprender a conducirse supersticiosamente, a conducirse rígidamente. En contacto con los hechos físicos también esto es posible pero mucho menos. La naturaleza no es caótica, azarosa o caprichosa, o al menos no lo es tanto como el hombre. En la naturaleza hay consistencia. Veamos. Aprender que 9×9 es igual a 81 es algo que puede lograrse porque somos reforzados por el maestro o por los hechos. Y hay una gran diferencia entre una y otra forma de aprenderlo. Y los efectos y consecuencias de esto son grandes. De esto es de lo que se queja la gente, de las pocas oportunidades que se brindan al estudiante de quedar expuesto a las contingencias reforzantes de los resultados. Pero ¿no será también que se quejan de que en el aprendizaje verbal, en el aprendizaje de reglas son caóticamente reforzados? ¿No será que protestan por la falta de consistencia entre los profesores?

También oímos con frecuencia que hay exceso de formación verbal, y como que identifican formación verbal con humanística, y se dice que hay que orientar la educación hacia la técnica, y que sobran letras y faltan ciencias. Y se pregunta uno: ¿qué habrá detrás de todo esto dice la gente?; ¿cómo se puede decir que hay exceso de formación verbal y humanística?; ¿es que acaso se lee tanto?; y escribir ¿cuánto se escribe?, ¿y a qué nivel? Y dicen que sobran las humanidades. ¿Dónde está el Latín y el Griego, la Gramática, la Filosofía? ¿Dónde está el excedente de esa producción? Se acusa a la educación actual de verbalismo y todo “ismo” debe reducirse. Pero, ¿podrían enseñarse las ciencias o las técnicas sin la palabra? ¿A qué nivel de educación se podría llegar sin palabras, sin lenguaje? Nos parece que lo que la gente advierte, aquello de que protesta, no es del verbalismo, sino del oralismo, de la charlatanería. Se habla mucho, se escribe poco y se lee todavía menos. Si a esto unimos lo anteriormente dicho, tendremos unos buenos criterios para evaluar la educación.

Referencias

Mac Corquodale. “Verbal Behavior, de B.f. Skinner. Una Apreciación retrospectiva” en ¿Chomsky o Skinner? La génesis del Lengua. de Bayes y Otros. Barcelona: Fontanella 1977.

Mac Guigan, F.J. Estudios Contemporáneos en Psicología. México: Trillas, 1974.

Skinner, B.F. Verbal Behavior. New York: Apleton-Century-Crofts. 1957.

Skinner, B.F. Sobre Conductismo. Barcelona: Fontanella. 1975.